

saber lo que enseñarnos han querido los que de él han tratado.

EXT.—Me has comprendido perfectamente Teetetes; digo, pues, que el método que debe seguirse es el de interrogar á nuestros filósofos como si ante nosotros estuvieran en estos términos: Veamos; vosotros todos que referís el universo al calor y al frío, ó á dos elementos cualesquiera, ¿qué afirmáis de estos dos elementos diciendo de uno y de otro á la vez ó de cada cual separadamente que *es*? ¿Qué entendeis por *sér*? ¿Es un tercer principio que debemos colocar junto á los otros dos que hemos establecido primeramente, porque si reservais el nombre de *sér* á uno de los dos elementos ya no podeis decir que ambos son iguales y cualquiera que sea el principio á que atribuyais el *sér*, no será más que uno y no dos.

TEE.—Es cierto.

EXT.—Pero ¿es acaso á los dos elementos á la vez, á lo que llamais *sér*?

TEE.—Tal vez.

EXT.—Pero, queridos amigos, les diremos, es claro, como el día que vuestros dos elementos sólo hacen uno.

TEE.—Perfectamente.

EXT.—Puesto que estamos confundidos, explicadnos vosotros mismos claramente lo que quereis expresar cuando pronunciáis la palabra *sér*. Evi-

dentemente, habeis llegado muy lejos. En cuanto á nosotros, habíamos creído comprenderlo, pero ahora confesamos nuestra ignorancia. Comenzad, pues, por aclararnos este punto, á fin de que no imaginemos comprender vuestros discursos, sucediendo todo lo contrario. Hablando así y haciendo esta súplica á nuestros filósofos y á todos los que reconocen más de un principio en el universo, díme si seríamos en modo alguno culpables.

TEE.—De ningun modo.

EXT.—Pero ¿no debemos emplear también toda nuestra habilidad en interrogar asimismo á los que dicen que el universo es uno, á fin de conocer lo que llaman el *sér*?

TEE.—Sí, ciertamente.

EXT.—Respondan, pues. ¿Decís que existe una sola cosa? No lo decimos, contestarán. ¿No es cierto?

TEE.—Sí.

EXT.—Pero lo que llamais *sér* ¿es alguna cosa?

TEE.—Sí.

EXT.—¿Y esta cosa es la misma que llamais unidad, dando dos nombres á un sólo principio?

TEE.—¿Qué podrán contestar así interrogados?

EXT.—Es muy claro, querido Teetetes, que admitida la hipótesis que les

sirve de punto de partida, nada hay más fácil que contestar á esta pregunta y á cualquier otra de igual género.

TEE.—¿Cómo?

EXT.—Reconocer que existen dos nombres, despues de afirmar que sólo existe una sola cosa, sería ridículo.

TEE.—En efecto.

EXT.—Hay más, no es posible servirse de nombre alguno sin violentar la razon.

TEE.—¿Cómo?

EXT.—Estableciendo un nombre diferente de la cosa, se reconocen dos cosas.

TEE.—Es verdad.

EXT.—Ó bien si se establece un nombre idéntico á la cosa, será forzoso reconocer que nada es el nombre, ó si se quiere que sea el nombre de algo, se hallará que el nombre es únicamente el nombre de un nombre y de nada más.

TEE.—Sin duda.

EXT.—Y que el uno, no siendo más que la unidad de la unidad, es sólo la unidad de un nombre.

TEE.—Necesariamente.

EXT.—Pero el todo ¿diremos que difiere del sér uno ó que le es idéntico?

TEE.—Dicen que es idéntico.

EXT.—Ahora bien; si el todo es como lo declara Parménides, semejante.

A los rayos que en todas direcciones
Se escapan de los puntos de una esfera
Sin poder ser mayor de un lado que otro;

si el sér es tal, el sér tiene un medio y dos extremidades, y por tanto, debe constar de partes. Nada, sin embargo, impide que una cosa dividida en partes participe de la unidad y, por tanto, no hay sér que no pueda ser uno.

TEE.—Muy bien.

EXT.—Pero lo que participa así de la unidad ¿no es imposible que sea la unidad misma?

TEE.—¿Cómo?

EXT.—Sólo lo que es verdaderamente sin partes, es verdaderamente uno, si se ha de hablar con propiedad.

TEE.—Es evidente.

EXT.—Ahora bien; lo que se compone de varias partes no conviene á esta definicion.

TEE.—Comprendo.

EXT.—Pero el sér viene á ser, participando de la unidad, un sér uno ó bien negaremos absolutamente que el sér sea un todo.

TEE.—Decision difícil es la que á mí sometes.

EXT.—Dices bien. Porque si el sér no es uno sino en tanto que participa de lo uno, parece que de ello difiere y el universo no se encierra en un sólo principio.

TEE.—Es cierto.

EXT.—Y, por otra parte, si el sér no es todo respecto á la unidad, y sin embargo, el todo existe, es claro que el sér es defectuoso en sí mismo.

TEE.—Ciertamente.

EXT.—Y segun este razonamiento, faltándose el sér á sí mismo, será no-sér.

TEE.—Sin duda:

EXT.—Y hé aquí áun que el universo no se reduce á un sólo principio, teniendo el sér y el todo una naturaleza distinta.

TEE.—Sí.

EXT.—Si el todo no existe, no será el sér ni áun podrá ser.

TEE.—¿Por qué?

EXT.—Porque lo que llega á ser, es siempre bajo la forma de un todo, de modo que no se pueden reconocer existencia ni extension como verdaderas sin colocar la unidad y el todo en el número de los séres.

TEE.—Parece que debe ser así.

EXT.—Además, es imposible que lo que no es un todo sea más ó ménos, ó mayor ó menor, porque lo que tiene cantidad, cualquiera que sea, por esta cantidad misma, forma necesariamente un todo.

TEE.—Muy bien.

EXT.—¿Qué número tan inmenso de

dificultades surgen en contra de aquel que sostiene que el sér es doble ó que es sólo uno!

TEE.—Lo demuestra suficientemente las que acabamos de vislumbrar. No hay una que no engendre otra; y cuanto más se avanza, mayor es el embarazo que separa del oscuro objeto.

EXT.—Seria, sin embargo, conveniente y preciso que pasásemos revista á todos los que sútilmente han discutido acerca del sér y del no-sér. Basta, no obstante. Dirijámonos ahora á los filósofos que profesan doctrinas distintas, á fin de convencernos, mediante un exámen completo, de que es tan difícil determinar la naturaleza del sér como la del no-sér.

TEE.—Dirijámonos á esos filósofos.

EXT.—Diriase, en verdad, que se ha entablado entre ellos un gigantesco combate, al ver cuán poco se entienden acerca de la naturaleza de la esencia.

TEE.—¿Cómo?

EXT.—Los unos hacen descender sobre la tierra todo cuanto encierra el cielo y la region de lo invisible, abrazando groseramente las piedras y los árboles. Atentos á estos objetos, afirman que sólo existe lo que cae bajo el dominio de los sentidos. Al definir, confunden el cuerpo y la esencia, y si algun otro filósofo se atreve á decirles que existen sé-

ressin cuerpo, le menosprecian y esquivan el escucharle.

TEE.—Las gentes de que hablas son, en efecto, intratables; yo mismo he podido convencerme de ello en varias ocasiones.

EXT.—Por esto, los que mantienen una opinion contraria á la suya con gran prudencia, les combaten desde una posicion superior, colocándose en el seno de lo indivisible y les obligan á reconocer ciertas ideas inteligibles é incorpóreas para la verdadera esencia. En cuanto á los cuerpos de sus adversarios y á lo que ellos llaman la verdad, los pulverizan con sus razonamientos y en vez de la existencia, no les conceden sino una generacion en perpétuo movimiento. Las dos escuelas pertrechadas son sus principios, no dejan de hacerse una encarnizada guerra.

TEE.—Es verdad.

EXT.—Y bien; preguntemos á los dos partidos su opinion acerca de la naturaleza de la esencia.

TEE.—¿Pero cómo conseguir que nos contesten?

EXT.—Respecto de los que hacen consistir la esencia en las ideas no hay dificultad. Son de carácter más dulce. Pero nos será muy difícil, si no imposible, entendernos con los que refieren todas las cosas al cuerpo. Hé aquí, en mi

opinion, cómo debemos conducirnos con ellos.

TEE.—Veamos.

EXT.—Lo mejor, si pudiera hacerse, seria suponerles más corteses de lo que son en realidad. Supongámosles la buena voluntad de contestarnos de que al presente carecen. Más vale entenderse con gentes corteses que con gentes mal educadas. Y luego no nos ocupemos de ellos y sí solo de la verdad.

TEE.—Esto es completamente justo.

EXT.—Invítalos, pues, á contestarte ahora que se han hecho más corteses, y encárgate de hacernos conocer su respuesta.

TEE.—Lo haré de buen grado.

EXT.—Cuando hablan de un sér viviente y mortal, ¿dicen que es alguna cosa?

TEE.—Sin duda, lo dicen.

EXT.—Y ¿no reconocen que es un cuerpo animado?

TEE.—Perfectamente.

EXT.—Colocan, pues, al alma entre los séres?

TEE.—Sí.

EXT.—Pero ¿no dicen de las almas que una es justa y otra injusta, que esta es sensata y aquella insensata?

TEE.—Sin duda.

EXT.—¿Y no dicen aún que el alma se hace justa por la presencia y la po-

sesion de la justicia, y que se hace contraria á ella por la presencia de su contrario?

TEE.—Tambien lo dicen.

EXT.—Pues lo que puede estar presente ó ausente en alguna parte, es necesariamente alguna cosa.

TEE.—Convienen en ello.

EXT.—Si, pues, la justicia existe y tambien la sabiduría y las demás virtudes y sus contrarias, si el alma en que radican existe, pregunto lo que dicen nuestros filósofos: ¿estas cosas, son visibles y tangibles, ó no?

TEE.—No, sin duda alguna.

EXT.—Pero juzgan que estas cosas son corpóreas.

TEE.—No se contentan aquí con una sola respuesta. El alma creen que posee un cuerpo. En cuanto á la sabiduría y á las demás virtudes acerca de las cuales les interrogas, experimentan alguna vacilacion y no se atreven á confesar que forman parte de los séres, ni tampoco que tienen cuerpo.

EXT.—Es notorio, querido Teetetes, que se han hecho más corteses, porque aquellos que hubieran sido verdaderamente sembrados y hubiesen brotado de la tierra, como los sembrados por Cadmus, no vacilarian en contestar que no existe todo lo que no se puede sujetar con las manos.

TEE.—Dices precisamente lo que piensan.

EXT.—Continuemos, pues, interrogándoles, porque si conceden que existe algun sér incorpóreo, por pequeño que sea, nos basta. En efecto, lo que se halla á la vez y naturalmente en los séres incorpóreos y en los que tienen un cuerpo, al confesar que existe, debe por ellos ser definido. Acaso se verán para ello muy apurados. Y si esto sucede, considera si no nos concederán que aquí está el sér.

TEE.—Habla; sepamos á qué atenernos.

EXT.—Digo que lo que posee un poder cualquiera, sea para realizar naturalmente un acto sea para ser de él objeto pasivo, aun siendo la cosa más pequeña y vil, seria verdaderamente. Defino, pues, el sér, diciendo que no es ni más ni ménos que el poder.

TEE.—No encontrando á mano mejor definicion, aceptan esta.

EXT.—Bien, tal vez luego pensemos de distinto modo ellos y nosotros. Al presente, estamos de acuerdo.

TEE.—Lo estamos.

EXT.—Dirijámonos ahora nuevamente hácia los partidarios de las ideas. La generacion y el sér, dicen que son dos cosas distintas.

TEE.—Sí.

EXT.—Por el cuerpo y mediante los sentidos, nos comunicamos con la generacion; por el alma y mediante la razon, nos ponemos en relacion con el sér, verdaderamente sér, el cual es siempre semejante á sí mismo, mientras que la generacion es siempre diferente.

TEE.—Esto, en efecto, es lo que dicen.

EXT.—Pero esta comunicacion, ¿cómo la conciben en estos dos casos? ¿Es de la manera que hemos dicho?

TEE.—¿De qué manera?

EXT.—Como la pasion ó la accion de un cierto poder que resultaria de la relacion de dos objetos. Acaso no ves claro en su pensamiento?

TEE.—¿Qué lenguaje, pues, emplean?

EXT.—No conceden lo que hemos establecido, hace un instante, contra los hijos de la tierra, tratando del sér.

TEE.—¿Cómo?

EXT.—Hemos creido definir exactamente los séres por el poder de sufrir ó de hacer alguna cosa por pequeña que sea.

TEE.—Sí.

EXT.—A esto responden que este poder es propio de la generacion, pero que no puede convenir al sér.

TEE.—¿Carece, pues, esta respuesta de fundamento?

EXT.—A nuestra vez, debemos contestar que necesitamos saber de ellos con toda claridad, si el alma conoce y si el sér es conocido.

TEE.—Convienen en ello.

EXT.—Pero conocer, ser conocido díme, ¿es una accion, es una pasion, es á la vez una accion y una pasion, ó bien una es una accion y otra una pasion, ó bien ni una ni otra son tales? Evidentemente, en su opinion, no son una cosa ni otra. De otro modo estarian en contradiccion con sus anteriores palabras.

TEE.—Comprendo.

EXT.—En efecto, si conocer fuese obrar (sér activo); sér conocido, seria necesariamente padecer (sér pasivo). De donde se seguiria, segun nuestro razonamiento, que el sér conocido por el conocimiento, seria movido, en cuanto conocido, porque seria pasivo. Ahora bien; hemos dicho que no puede ser así el sér que está en absoluto reposo.

TEE.—Bien.

EXT.—Pero ¿nos dejaremos fácilmente persuadir de que ni el conocimiento, ni la vida, ni el alma, ni la sabiduría, son propias verdaderamente del sér absoluto, de que no vive ni piensa, y de que privado de la augusta y santa inteligencia permanece inmóvil?

TEE.—No se hace sin dolor tal confesion, extranjero.

EXT.—¿Diremos que hay inteligencia sin vida?

TEE.—Imposible.

EXT.—¿O concederemos estos atributos afirmando que no es el alma quien los posee?

TEE.—¿Cómo suponer tal cosa?

EXT.—¿O diremos que hay inteligencia, vida y alma y que sin embargo, permanece en una absoluta inmovilidad animada como es?

TEE.—Todas estas suposiciones me parecen absurdas.

EXT.—Preciso es, pues, colocar lo que se mueve, y el movimiento mismo en el número de los seres.

TEE.—No hay otro remedio.

EXT.—Claro se vé, querido Teetetes, que si los seres son inmóviles, nadie puede tener conocimiento de cosa alguna.

TEE.—Me parece claro.

EXT.—Y por otra parte, si admitimos que todo está en eterno movimiento, volveremos á tratar de algo referente al número de los seres.

TEE.—¿Cómo?

EXT.—¿Te parece que un sér puede ser siempre el mismo en sí y en sus relaciones con los demás, sin esto?

TEE.—No, ciertamente.

EXT.—¿Concibes que sin estas condiciones, conocimiento alguno puede existir ó formarse?

TEE.—De ningun modo.

EXT.—Preciso es, pues, combatir con todas las energías de la razon, á aquel que despues de haber negado la ciencia, la sabiduría y la inteligencia, afirma esto.

TEE.—Ciertamente.

EXT.—Para el filósofo, pues, que venera todas estas cosas en el más alto grado, es, me parece, absolutamente necesario negarlo, bajo la fé de los que proclaman una ó muchas ideas, así como no escuchar á los que pretenden que todas las cosas se mueven doquiera é infinita mente; preciso es que imite á los niños en sus deseos que reconozca á la vez lo inmóvil y lo que se mueve el sér y el todo.

TEE.—Nada más cierto.

EXT.—¿No te parece que hemos profundizado convenientemente el sér?

TEE.—Es incontestable.

EXT.—¡Ay, querido Teetetes, creo que hemos llegado únicamente á conocer las dificultades de esta cuestion!

TEE.—¿Qué quieres decir?

EXT.—¿No comprendes, excelentemente amigo, que estamos ahora en la más profunda ignorancia del sér, al

imaginar que hablamos de él muy racionalmente?

TEE.—Pero yo no comprendo aún en qué hemos hecho lo contrario.

EXT.—Fija tu atención, pues, y examina si después de haber llegado á un acuerdo en estas cosas, no se nos podría buenamente preguntar cómo interrogamos á los que sostienen que el universo se resuelve en el calor y el frío.

TEE.—¿De qué interrogaciones quieres hablar? Expónlas.

EXT.—Con gran placer, y voy á proceder, si quieres, dirigiendo mis preguntas como si las dirigiera á otros, á fin de que ganemos juntos terreno.

TEE.—Bien.

EXT.—Sea, pues, así. ¿No dices que el movimiento y el reposo son absolutamente opuestos?

TEE.—Cómo no decirlo.

EXT.—Y sin embargo, sostienes que existen juntos.

TEE.—Lo sostengo.

EXT.—¿Quieres decir que están ambos en movimiento, al conceder que existen?

TEE.—No.

EXT.—¿Entiendes que están ambos en reposo.

TEE.—Imposible.

EXT.—Preciso es, pues, que en el

fondo de tu espíritu consideres el sér como una á tercera cosa diferente de las otras dos; consideras el reposo y el movimiento como comprendidos en el sér, y abrazándoles en su comunidad con él, dices, bajo este punto de vista, que existen ambos.

TEE.—Parecemos, en efecto, declarar que el sér es un tercer principio, cuando decimos que el movimiento y el reposo existen.

EXT.—El sér, no es, pues, el movimiento junto con el reposo, es un principio diferente.

TEE.—Así parece.

EXT.—El sér, pues, por su naturaleza, no está en reposo ni en movimiento.

TEE.—Esto es lo probable.

EXT.—¿A qué lado, pues, debe inclinarse su pensamiento aquel que pretende formarse una idea clara y sólida del sér? No hallo medio de vencer estas dificultades. Por qué si una cosa no está en movimiento, ¿cómo no está en reposo? y si no está en reposo, ¿cómo no está en movimiento? y, sin embargo, el sér se nos ha aparecido como independiente á la vez del movimiento y del reposo. ¿Es esto posible?

TEE.—Es lo más imposible del mundo.

EXT.—Hé aquí, pues, lo que es justo que recordemos con este motivo.

TEE.—¿Qué?

EXT.—Cuando se nos preguntaba con qué objeto convenia explicar el nombre de no-sér, estábamos muy embarazados. ¿Te acuerdas?

TEE.—Perfectamente.

EXT.—Y ¿estamos ahora ménos embarazados respecto del sér?

TEE.—Por mi parte, extranjero, me parece que lo estamos más ahora, si es posible.

EXT.—Punto es este inútil de decidir. Puesto que el sér y el no-sér nos causan el mismo embarazo, podémos abrigar la esperanza de que una vez que se nos muestre uno con más ó ménos oscuridad y claridad, el otro se nos mostrará del mismo modo. Y puesto que no podemos concebir claramente á uno ni á otro, debemos proseguir nuestra indagacion del modo que nos sea posible, y sin perderlos de vista.

TEE.—Bien.

EXT.—Explicuemos de qué procede que á cada instante designamos una sola y misma cosa con muchos nombres diferentes.

TEE.—¿Cómo? presenta un ejemplo.

EXT.—Cuando hablamos de un hombre, le damos diversas denominaciones; le designamos por el color, la forma, la estatura, sus vicios y sus virtudes; por estas cualidades y por mil otras, deci-

mos de él no solamente que es un hombre, sino que es bueno, que es tal ó cual, hasta lo infinito. Con todos los demás objetos procedemos del mismo modo, pensamos en una sola cosa, y sin embargo, la designamos por diversas propiedades y con diversos nombres.

TEE.—Es cierto lo que dices.

EXT.—Hé aquí un regocijo que acabamos de preparar á los aturridos y á los viejos instruidos superficialmente. Porque pueden objetarnos que es imposible que muchos sean uno y que uno sea muchos, felicitándose de declarar que no es lícito decir *hombre bueno*, sino que lo bueno es bueno y el hombre es hombre. Sin duda, Teetetes, habrás encontrado más de una vez á estos hombres apegados á tan bellas cosas, y casi siempre viejos: tal es su indigencia de espíritu y de ideas que se extasían ante estas miserias é imaginan haber hallado aquí la última palabra de la sabiduría.

TEE.—Ciertamente.

EXT.—A fin, pues, de que nuestra discusion se dirija á todos los que jamás se han ocupado del sér, entiéndase que todo lo que vamos á decir bajo forma interrogativa, es tanto contra estos últimos como contra los que hemos combatido ya.

TEE.—Pero ¿qué vamos á decir?

EXT.—Escucha; ¿decidiremos que no

debe atribuirse la existencia al movimiento y al reposo, ni cosa alguna á otra cosa, sino que toda mezcla es imposible, y que los séres no pueden participar unos de otros? ¿ó bien les colocaremos juntos como susceptibles de comunicarse entre sí? ¿ó bien uniremos á unos y separaremos á otros? de estos tres partidos, querido Teetetes ¿cuál debemos creer que escogerán?

TEE.—Por mi parte, no puedo colocarme en su lugar y contestar á estas preguntas. Pero ¿por qué no las contestas tú mismo, á fin de examinar las consecuencias de cada suposición?

EXT.—Muy bien. Supongamos, pues, si te parece, que declaran en primer lugar que ninguna cosa tiene poder de comunicarse con otra. ¿No se sigue que el reposo y el movimiento no participan en modo alguno del sér?

TEE.—Sin duda.

EXT.—¿Pero podrá existir alguna de las dos cosas nada teniendo de comun con el sér?

TEE.—No existirá.

EXT.—El efecto inmediato de esta concesión, es trastornar, tanto el sistema de los que hacen moverse al universo, como el de los que le condenan á la inmovilidad, porque es uno (Elea) como el de los que admitiendo ideas, sostienen que los séres permanecen inva-

riablemente semejantes á sí mismos (Megara). Todos estos filósofos, en efecto, unen en el sér al universo, diciendo unos que está verdaderamente en movimiento, y otros que está en reposo.

TEE.—Es claro.

EXT.—Y los filósofos que alternativamente unen y separan todas las cosas, ya haciendo salir el infinito del uno y haciéndole volver á entrar en el (Heráclito), ya descomponiendo el universo en un número limitado de elementos que despues combinan (Empedocles), tengan ó no estas alternativas lugar durante un cierto tiempo, nada dirian racional, si no fuere posible mezcla alguna.

TEE.—Bien.

EXT.—Además, desautorizan su propio lenguaje del modo más lastimoso los que no permiten que una cosa sea dicha de otra con la cual comunica.

TEE.—¿Cómo?

EXT.—Se ven obligados, en todas ocasiones, á servirse de las expresiones *sér separadamente, otra, la misma* y mil análogas. Ahora bien; puesto que no pueden pasarse sin ellas y las emplean en todos sus discursos, no necesitan absolutamente que otros les refuten; colocan, como se dice vulgarmente, el enemigo en su misma tienda, y se ven una vez advertidos como el adivino vagabundo Euricles.

TEE.—Cuanto dices es cierto y tu comparacion es justa.

EXT.—Pero ¿qué sucederá si concedemos á todas las cosas el poder de comunicarse entre sí?

TEE.—Yo mismo me siento capaz de explicarlo.

EXT.—Veamos.

TEE.—El movimiento mismo estaria en reposo, y á su vez el reposo mismo estaria en movimiento, de referirse uno á otro.

EXT.—Pero es imposible de toda imposibilidad que esto suceda.

TEE.—Sin duda.

EXT.—Nos queda solamente la tercera suposicion.

TEE.—Sí.

EXT.—Es preciso que una de las tres sea verdadera; ó todas las cosas pueden combinarse, ó ninguna, ó algunas determinadas.

TEE.—Sin duda.

EXT.—Nos ha parecido imposible admitir las dos primeras.

TEE.—Sí.

EXT.—Debe, pues, aceptarse la tercera.

TEE.—Evidentemente.

EXT.—Puesto que entre las cosas, unas se prestan á ser combinadas y otras no, son en esto, poco más ó menos, como las letras. En efecto, entre

unas hay acuerdo, y entre otras des-acuerdo.

TEE.—Es verdad.

EXT.—Las vocales tienen esta ventaja sobre todas las demás letras; la de interponerse entre todas para servirles de lazo de union. Sin vocales, puede decirse que no hay relacion entre las demás letras.

TEE.—Muy bien.

EXT.—¿El primer advenedizo sabe qué letras son susceptibles de unirse, ó necesita para esto el que ha de unir las de un cierto arte?

TEE.—Necesita de cierto arte.

EXT.—¿De cuál?

TEE.—Del arte gramatical.

EXT.—Y ¿no sucede lo mismo con los sonidos graves y agudos? Aquel que posee el arte de discernir los sonidos acordes y los no acordes, es músico, y no es músico quien no posee este arte.

TEE.—Esto es.

EXT.—Lo mismo puede decirse de todas las demás cosas en que se muestra el arte y de las en que no se muestra.

TEE.—Sin duda.

EXT.—Pero, puesto que hemos admitido que tambien los géneros son susceptibles de combinacion, ¿no es necesario que sea dirigido por alguna ciencia en sus razonamientos aquel que

emprenda la tarea de explicar con exactitud qué géneros se acuerdan entre sí y cuáles no, cuáles sirven de encadenamiento á otros y cuáles combinarse pueden, y por lo que concierne á la separacion de los géneros, cuáles son sus causas?

TEO.—Ciertamente necesita de una ciencia y acaso de la más grande de todas.

EXT.—¿Cómo, pues, Teetetes, llamaremos á esta ciencia; ¿Acaso, por Júpiter habremos encontrado la ciencia de los hombres libres, y en tanto que buscamos al sofista, habremos llegado á descubrir al filósofo?

TEE.—¿Qué quieres decir?

EXT.—Dividir por géneros, no tomar una especie por otra, ¿no diremos que es propio de la ciencia dialéctica?

TEO.—Sí.

EXT.—Aquel que está en estado de hacer esto, extrae pura la idea única esparcida en una multitud de individuos que existen aisladamente; despues una multitud de ideas diferentes unas de otras y que están envueltas en la idea única; despues ve una idea única reconocida en la universalidad de los séres relacionados entre sí; despues una multitud de ideas, absolutamente distintas unas de otras. Hé aquí lo que se llama saber discernir, entre los géneros, los

que son capaces de aliarse y los que no lo son.

TEE.—Perfectamente.

EXT.—Pero el talento de la dialéctica creo que no le concederás sino al verdaderamente filósofo.

TEE.—¿Cómo podría hacer otra cosa?

EXT.—Parece, pues, en cierto modo, que hallaremos al filósofo, pronto ó tarde, si le buscamos. No es tampoco fácil de ver, pero la dificultad no es respecto de él la misma que respecto del sofista.

TEE.—¿Cómo?

EXT.—El uno se refugia en la oscuridad del no-sér, con la cual acaba por familiarizarse. Por la oscuridad del lugar que habita se hace difícil su conocimiento. ¿No es así?

TEE.—Probablemente.

EXT.—Pero el filósofo, que se liga en todos sus razonamientos á la idea del sér, no es fácilmente reconocido por el excesivo resplandor de esta region; porque en el vulgo, los ojos del alma son demasiado débiles para poder considerar largo tiempo las cosas divinas.

TEE.—Esta explicacion no me parece ménos satisfactoria que la primera.

EXT.—Podremos, desde luego, intentar á formarnos del filósofo una idea más clara aún. Pero guardémonos de

abandonar la idea del sofista sin examinarla muy detenidamente.

TEE.—Bien dicho.

EXT.—Hemos convenido, con motivo de los géneros, en que unos se asocian entre sí y otros no; que unos se asocian á algunos solamente, otros á muchos y otros á todos y de todas maneras, sin que nada sea para ello obstáculo. Ahora continuemos nuestra discusion, no examinando todas las ideas, temerosos de confundirnos en su multitud, sino escogiendo algunas de las que se consideran más grandes. Preguntémonos, ante todo, lo que cada una es en sí misma y luego hasta qué punto tiene el poder de asociarse con las demás; de esta manera, si no concebimos el sér y el no-sér con toda la claridad posible, al ménos no seremos incapaces de darnos de ellos cuenta en los límites de nuestra indagacion y podremos hablar impunemente del no-sér que carece absolutamente de existencia.

TEE.—Esto es lo que debe hacerse.

EXT.—Los más grandes, entre los géneros de que hemos ya hablado, los más capitales son el sér mismo, el reposo y el movimiento.

TEE.—Estos son.

EXT.—Los dos últimos hemos dicho que no pueden estar juntos.

TEE.—En modo alguno.

EXT.—Pero el sér puede combinarse con ambos.

TEE.—Sin duda.

EXT.—Esto constituye tres géneros.

TEE.—Seguramente.

EXT.—Cada uno de ellos es diferente del otro é igual á sí mismo.

TEE.—Sí.

EXT.—Pero ¿qué decimos aquí el mismo y diferente? ¿Son estos aún dos géneros distintos de los tres precedentes necesariamente unidos siempre á ellos? ¿O bien hemos dado estos nombres de mismo y de diferente á uno de los tres géneros?

TEE.—Acaso.

EXT.—Y, sin embargo, ni el reposo ni el movimiento puede ser el mismo ni diferente.

TEE.—¿Cómo?

EXT.—Lo que aplicamos en comun al movimiento y al reposo, lo diferente no puede ser uno ni otro.

TEE.—¿Por qué?

EXT.—Porque en este caso el movimiento estaria en reposo, y el reposo en movimiento. Porque si uno de los dos, no importa mal, se aplicase á los dos á la vez, el otro se cambiaría necesariamente en el contrario de su naturaleza, puesto que participaba de su contrario.

TEE.—Es evidente.

EXT.—Ahora bien; ¿participan ambos

del mismo y de lo diferente? ¿Es aplicable á ambos?

TEE.—Sí.

EXT.—No decimos, pues, que el movimiento es el mismo, ni diferente ni tampoco el reposo.

TEE.—No.

EXT.—¿Pero no debe considerarse el sér mismo como *uno*?

TEE.—Tal vez.

EXT.—Pero si el sér y el mismo en nada difieren, diciendo que el movimiento y el reposo son ambos, declaramos que ambos son el mismo, puesto que son.

TEE.—Pero esto es imposible.

EXT.—Luego es imposible que el sér y el mismo sean uno.

TEE.—Aparentemente.

EXT.—Pero ¿debemos ver en lo diferente un quinto género? ¿ó bien el otro y el sér deben ser considerados como dos nombres de un mismo objeto?

TEE.—Puede ser.

EXT.—Me concederás que, entre las cosas, algunas se toman en sí mismas y algunas en relacion á otras.

TEE.—Sin duda.

EXT.—Ahora bien; la otra se refiere necesariamente á alguna otra. ¿No es esto?

TEE.—Sí.

EXT.—Pero esto sería imposible si el

sér y el otro diferente no fuesen absolutamente distintos. Porque si lo diferente pudiese presentárenos bajo las dos mismas formas que el sér, entre las otras cosas, habría alguna que sería otra sin referirse á otra alguna: ahora bien; hemos dicho que lo que es verdaderamente otro diferente, lo es con relacion á otra cosa.

TEE.—Estoy conforme.

EXT.—La naturaleza del *otro* debe, pues, ser considerada como una quinta idea y puesta en el número de las que habíamos escogido.

TEE.—Sí.

EXT.—Y diremos que está esparcida en todas las demás. Cada una en particular es *otra* que las que no son ella, no por su propia naturaleza, sino porque participa de la idea de otra.

TEE.—Incontestablemente.

EXT.—Digamos de nuestras cinco ideas una por una, en primer lugar que el movimiento es absolutamente *otro* que el reposo. ¿No es esto lo que decimos?

TEE.—Sin duda.

EXT.—No es, pues, el reposo.

TEE.—No.

EXT.—Pero es, porque participa del sér.

TEE.—Es.

EXT.—Pero, por otra parte, el movimiento es otro que el *mismo*.